

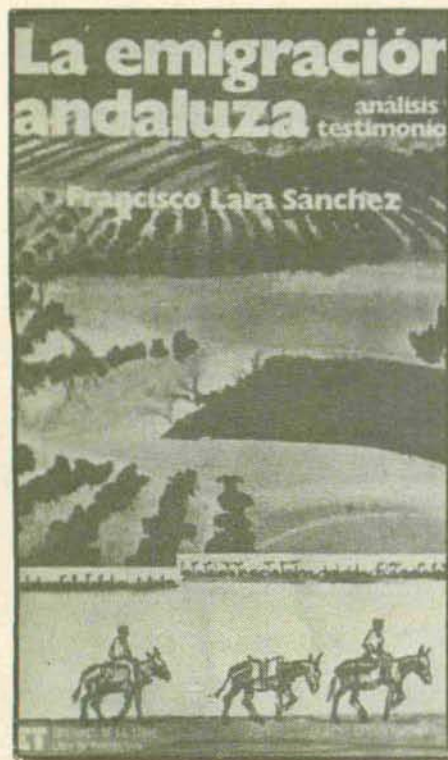
EMIGRACION

Más de dos millones de españoles se ven obligados a buscar trabajo fuera de su país. De ellos, más de 650.000, más del 25 por 100, son andaluces...

Con el franquismo vuelven los españoles a la emigración masiva, ya no a América, sino a la Europa de los «milagros económicos». La segunda dictadura española fuerza la aparición, o más bien la reaparición, de los factores que antaño provocaban el éxodo laboral al extranjero. A estos viene a añadirse un desequilibrado y endeble crecimiento—que no desarrollo— económico a partir de los años 60, que coincide con el comienzo de la emigración hacia Europa. Esto es especialmente cierto en el caso de Andalucía—en la que se centra el libro de Lara (1)—, como uno más de sus numerosos y seculares males.

En el sur de España, y en particular en la región andaluza, la emigración es como el corolario obvio de la persistencia del latifundio, del subdesarrollo, de la opresión semicolonial

(1) Francisco Lara Sánchez: **La emigración andaluza**. (De la Torre, Madrid, 1977).



del «Centro», del caciquismo y del paro, de la marginación política, el desprecio y la ignorancia hacia las formas culturales autóctonas, el racismo, etc. Y es también como la válvula de escape que permite camuflar la existencia de una aguda problemática general.

A todo esto, y ya fuera de España, a los emigrados se les superpone el desarraigo, un medio hostil, el racismo local, la superexplotación y el trabajo duro, el aburrimiento y el alejamiento de la familia y del medio. El hecho de que su situación sea semejante a la de millones de negro-africanos, de norte-africanos y de europeos meridionales—entre ellos, muchos murcianos, extremeños, castellanos— apenas sirve de consuelo para esos andaluces forzados a esta nueva forma de esclavitud, en un contexto en el que la miseria y la desesperanza son los factores desencadenantes, la explotación es la constante, y el sistema capitalista, la estructura.

El libro de Lara es una denuncia irridada, con datos incontrovertibles en la mano, de la realidad de una de las más abandonadas regiones españolas.

Lo completa un interesante e instructivo apéndice, una antología de entrevistas a trabajadores emigrados y de narraciones sobre sus experiencias en el extranjero. ■ C. A. C.

ALGO MAS QUE UNA NOVELA HISTORICA: «EXTRAMUROS»

La cultura barroca (1) tensa, contradictoria y dramática se desarrolla a partir de finales del siglo XVI y durante casi todo el XVII.

La población española disminuye casi una cuarta parte a causa del hambre, la miseria y las cuatro grandes pestes. Los nobles y advenedi-

zos, grupos privilegiados, que antes obtenían poder y prestigio con las armas, ahora sólo pretenden acrecentar sus fortunas a costa de labradores y artesanos. Estos huyen de los pueblos y de los campos y se aglomeran alrededor de las grandes y hacinadas ciudades como mendigos y bandoleros. La soledad y el anonimato favorecen la delincuencia. Las ciudades crecen desorbitadamente, mientras el resto del país se convierte en un desierto. La cultura barroca es típicamente urbana. La sociedad, a pesar de sus ansias de libertad es reprimida, ya que en lo político se caracteriza por el absolutismo monárquico, y en lo religioso por el aumento de la autoridad del papado.

El hombre del barroco es triste, agónico, sabe que su conducta incide en la historia para bien o para mal, pero no puede manifestarse. El arte y la literatura hablan de libertad cuando la represión es atroz para los que se desvían. La Iglesia castiga cruelmente a los que no siguen su ortodoxia, sin embargo, el pueblo está plagado de santones, milagrosos y mártires difíciles de catalogar, que en su mayoría acaban bajo las torturas o ejecuciones de los inquisidores.

No debe extrañar que esta época exalte la violencia y se recree en su contemplación (las comedias de Shakespeare, por ejemplo, son siempre sangrientas). Las procesiones están formadas por penitentes que se azotan, arrastran cadenas y llevan cilicios. En la pintura se representan con deleite enanos y seres deformes o enfermos y el esqueleto se introduce como recurso iconográfico. El estudio del cuerpo muerto es constante en médicos y artistas. La muerte es temática entre filósofos, así como la soledad, entre los poetas. (Recordemos las «Soledades» de Góngora).

La novela de Jesús Fernández Santos (2), presenta este medio social en

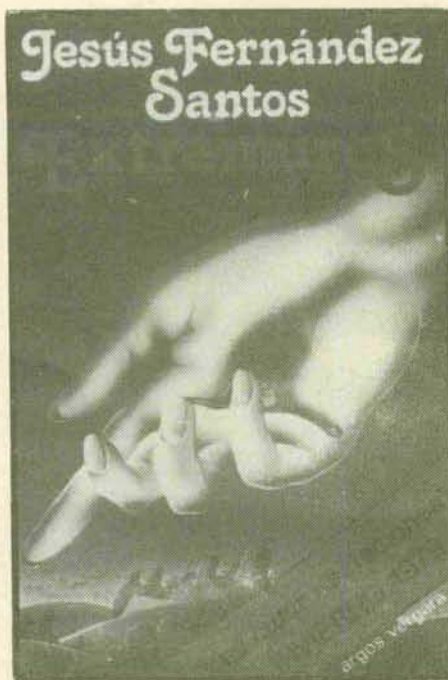
(1) Para un exhaustivo y esclarecedor estudio de esta época, ver el libro de José Antonio Maravall, **La cultura del Barroco**, Editorial Ariel, Barcelona.

(2) Fernández Santos, Jesús, **Extramuros**, Editorial Argós Vergara, Barcelona, 1978, 253 págs.

un convento perdido y olvidado de la geografía española. La representación de la realidad se mueve entre términos extremos, de tal modo que la fe, se pierde tras místicos exaltados o curas hipócritas. Y las niñas, que fueron arrojadas por sus padres a la vida religiosa, crecen como monjas incrédulas o fanáticas. «Así va el mundo —concluyó— con tantos padres metidos a galanes y tanto clérigo barragán», pág. 63. La moral se resquebraja y las mismas personas buscan el placer de la carne y su martirio.

Los personajes son seres marginados, desviados de la norma oficial y de los beneficios del sistema, que buscan otra salida, o al menos alguna salida, y que sucumben. Es un relato de estructura sencilla, de fácil lectura para «el gran público», pero con los recursos necesarios para atraer al más exigente. La cronología tiene un desarrollo lineal, sin apenas regresos al pasado. Seis de los ocho capítulos, en que se divide la novela, están narrados por la protagonista. El tema consiste en un período de la vida de dos mujeres que se aman, primero tiernamente y luego con ciertos matices sado-masoquistas. La narradora transfiere sus sentimientos, sus miedos, sus dudas y sus celos. De su compañera, se conoce, lo que ella transmite y tal como lo ve. Todo el relato es subjetivo, ya que la protagonista no toma la palabra para explicar sus motivaciones u objetivos. El enfoque es parcial y planteado desde el punto de vista de un actante comprometido e interesado. El autor busca este recurso estilístico conscientemente y logra mantener una intriga y una ambigüedad que no se descifran, ni siquiera, al final de la obra.

Uno de los ejes de la novela, la conducta de la monja amada-santa-priora es problema no resuelto. Su proceder debe ser recreado y reinterpretado por el lector. Pide a su amiga, con el fin de atraer la atención sobre el convento, que le hiera las palmas de las manos. Con estas supuestas llagas milagrosas, trastoca la rutinaria vida de sus compañeras y de los pobladores del lugar, ansiosos de algún signo divino. Otras ambiciones se interponen: las de la antigua priora que no cree en el milagro y las de la hija del fundador de la casa, quien busca gloria y poder, y para obtenerlos se recoge en el mismo, pero mantiene sus privilegios profanos.



El otro eje, es el de la miseria y decadencia de una nación, que ha dejado de ser imperio y que renuncia a sus valores. Con la ruptura de los viejos estamentos, los individuos que han perdido su lugar en la sociedad, deambulan en busca de nuevos roles. El amor de las dos monjas no está tratado como pecaminoso, corrupto o antinatural, sino con cierta comprensiva simpatía y poética delicadeza. «Era un sueño como tantos pasados, muertos ya, en los que amor y voluntad se perdían hasta la madrugada, cuando las dos unidas, estremecidas, consoladas, buscándonos a solas en el latir presuroso de la sangre, veíamos llegar la luz como hostil mensajero que arrastrara consigo las dulces horas de la noche. Era como gozar de una agonía deseada, como cera que se derrite y muere al calor de la lumbre, como volver la cara al mundo y llenarse de pasión para siempre, locura gloriosa, donoso desatino, caudal de goce verdadero», pág. 46.

El único remordimiento de la narradora surge con la mentira acerca del origen de las llagas de su amiga. Pero por amor, amor que la arrastra más que la devoción religiosa, callará.

«Extramuros» ha sido editada por Argos Vergara dentro de su colección «Las cuatro estaciones», que comprenderá cuatro libros publicados a lo largo del año y a un precio promocional, con el fin de fomentar la lectura. Intento digno de elogio. ■ **MARIA VICTORIA REYZA-BAL.**

OBREROS Y ESTUDIANTES BAJO EL FRANQUISMO

Lo primero que hay que señalar a propósito del libro de José María Maravall, **Dictadura y disentimiento político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo** (1), es la novedad de su enfoque. No se trata, en efecto, de una mera narración cronológica de la lucha convergente contra el pasado régimen por parte de esos dos sectores, sino de algo más ambicioso: cual es una sociología de los movimientos de oposición en el seno de una dictadura. Un estudio que, a pesar de estar centrado en un contexto histórico concreto —la dictadura franquista de 1936 a 1975—, puede servir, por sus mismas características, para contestar a preguntas más generales sobre las condiciones y circunstancias que permiten el desarrollo de movimientos de protesta en regímenes represivos no-pluralistas, como los denomina el autor.

Para su investigación, Maravall ha utilizado abundante y variado material empírico procedente de las hemerotecas —prensa legal— así como documentos clandestinos de organizaciones obreras y estudiantiles, datos de encuestas e informes de tipo sociológico y entrevistas «profundas» con dirigentes de ambos sectores, utilizados simultáneamente como «casos representativos» de la militancia antifranquista y como lo que, en sociología, se conoce por «informadores estratégicos».

Aunque analizados en principio por separado, los dos movimientos —estudiantil y obrero— presentan una serie de características comunes —no en vano llegarán a confluir y reforzarse—, que Maravall destaca en su estudio oportunamente. De tal forma que éste no pierde coherencia en ningún momento.

Por lo que se refiere al primer movimiento, el autor analiza de qué forma las contradicciones surgidas inevitablemente en las áreas insitucionales tras el abandono de la autarquía

(1) **Dictadura y disentimiento político; obreros y estudiantes bajo el franquismo**, de José María Maravall, Alfaguara, Madrid, 1978.